

Crisis agraria

FERNANDO URICOECHEA *

UN análisis de lo político en sus formas coyunturales no puede estar divorciado de su correspondiente contexto estructural. De hecho, es en el seno de la estructura donde es posible distinguir entre accidente histórico y mera contingencia: el accidente es una contingencia que contribuye al origen o desarrollo de un proceso o de una estructura o, dicho de otra forma, el accidente es una contingencia preñada de desarrollos posteriores mientras que la contingencia no se encuentra orgánicamente vinculada por razones necesarias a un orden cualquiera sino apenas a un mundo de virtualidades.

Planteadas así las cosas, es posible afirmar que, del innumerable volumen de contingencias políticas de los últimos 50 años en la vida nacional, merecen destacarse como significativas aquellas que por sus repercusiones estructurales se transformaron en accidentes históricos decisivos para el orden político actual: la Violencia de los años cuarentas y cincuentas; el Frente Nacional; y el complejo de violencias de hoy.

La enumeración de estos tres accidentes, por otra parte, no se hace aquí con la intención formalista de periodizar la historia política nacional, ni tampoco con la pretensión de excluir como significativos otros procesos que, no obstante, son inmediatamente impertinentes desde una perspectiva analítica como, por ejemplo, la aceleración del proceso de urbanización en las dos últimas décadas y su influjo en la transformación del ambiente social con su virtual potenciación de las de-

mandas de participación ciudadana. Se hace, más bien con el ánimo de identificar fuerzas sociales que nos ayuden a comprender y entender mejor la coyuntura política actual.

Esta vinculación entre estructura y coyuntura es más imperativa cuando se advierte que la crisis política actual obedece a factores estructurales de tal envergadura que en buena medida la actual crisis de coyuntura puede ser simultáneamente entendida como una crisis de estructura. En otras palabras, lo que estamos presenciando en el momento actual es, ni más ni menos, el último coletazo de un orden agrario que se resiste a perecer sin violencia y, simultáneamente, de un orden político incapaz de institucionalizar los mecanismos de participación política de vastos sectores sociales históricamente marginados del sistema nacional de instituciones. Es esa doble y recíproca resistencia la que ayuda a explicar estructuralmente la polarización siniestra de los intereses en pugna. En efecto, es la incapacidad de los grupos portadores de esos intereses para modificar las reglas del juego político lo que los mantiene presos a la lógica de la violencia.

La Violencia

La violencia de los años cuarentas y cincuentas es insuficiente para explicar directamente la violencia generalizada de hoy. Las dos poseen significados y causas diferentes. La de ayer fue fundamentalmente una revuelta de aldeanos dirigida desde arriba y la de hoy es, en un comienzo, una insurrección de ciudadanos dirigida desde la periferia del sistema. Aquella tenía esencialmente una finalidad política: reconstruir el

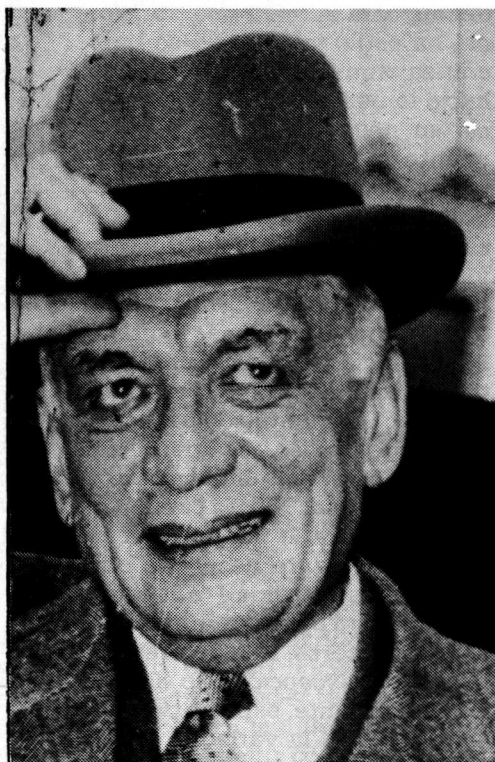


Alberto Lleras y Laureano Gómez :

punto de, equilibrio y, a *fortiori*, de maniobra entre dos colectividades partidarias para la continuidad oligárquica y clientelista del sistema mientras que ésta persigue o, mejor, perseguía antes de su actual desfiguración, un objetivo social: la aniquilación del sistema oligárquico y la democracia con participación limitada que caracteriza al orden político vigente. Aquella estaba orientada hacia la continuidad, hacia el pasado; ésta está orientada, al menos en su pretensión ideológica, hacia el futuro. La una tiene lugar en el seno del sistema; la otra enfrentando el sistema a su propia negación. La primera, finalmente,

* Profesor de Sociología, Universidad Nacional.

y Crisis política



El partido único del Frente Nacional.

no cuestionaba para nada la lógica política vigente, la legitimidad y las reglas de juego del sistema mientras que la segunda surge justamente de la negación del sistema, de su lógica y de su legitimidad. En síntesis: la Violencia se ejecutó paradójicamente como un instrumento para mantener el orden político al paso que las Violencias de hoy se polarizan alrededor de ese mismo objetivo.

Por todas estas razones, pues, no es posible establecer, como quieren algunos, una continuidad orgánica entre esos dos fenómenos. El carácter eminentemente tradicionalista y conservador de la Violencia puede ser apuntalado

trayendo a cuenta las finalidades ideológicas y económicas subterráneas a la fenomenología política de ese proceso. Personalmente identifiqué tres fuerzas o finalidades conservadoras entre las causas de la Violencia:

La constitución de la identidad política

Hasta la primera mitad del siglo XX, el criterio para la definición de la identidad de los actores políticos fue primordialmente adscriptivo: la tradición familiar y, en buena medida, la fe religiosa también ligada a la tradición, como no podía dejar de ser en una nación sin revolución religiosa. La precaria institucionalización de intereses económicos burgueses y la concomitante debilidad de la sociedad civil facilitaron la identidad inmediata entre comunidad y política. El papel de los intereses individuales quedó, en ese terreno, supeditado a la fuerza de las pasiones y de los sentimientos colectivos. La comunidad mítica se negaba a ceder el paso a la sociedad burguesa, a la historia. La Violencia fue la conducción de esta lógica a un nivel de paroxismo: quienes no hagan parte de esta comunidad ideal, quienes no posean el mismo ancestro totémico deben ser literalmente exterminados: "que no quede ni la semilla". La complicidad de las directivas políticas conservadoras y de la jerarquía católica con el desarrollo de la Violencia puede ser entendida también desde esta perspectiva.

La reafirmación del ideario ideológico

Sin una revolución burguesa que hiciera añicos la dominación oligárquica, los sectores domi-

nantes no podían penetrar en el sentido de las instituciones burguesas confundiendo, así, la forma con el contenido. Si el sistema político es de naturaleza representativa, el único instrumento legítimo para la toma del poder lo constituye la institución electoral. Y como, según dicen, es peor un error o, para nuestro caso, un pecado que un crimen, hay que diezmar físicamente el volumen del "otro" para acceder pacíficamente al poder. La Violencia fue, pues, un tributo perverso que pagó el Conservatismo a la ideología liberal y representativa.

La consolidación de intereses capitalistas agrarios

Las dos causas anteriores para la génesis de la Violencia son de sabor ideológico. La tercera, en cambio, es eminentemente económica. Mi tesis es que la Violencia se vió estimulada también por el interés expansionista de la propiedad agraria en las zonas con un régimen de economía capitalista. No es por azar sino "por la fuerza de las cosas", para usar la hermosa expresión naturalista de antaño, que las zonas de Violencia se confunden con aquellas áreas del país donde predomina una economía capitalista agraria y, principalmente, cafetera, dirigida por medianos y grandes propietarios. La Violencia arraiga primordialmente, entonces, en economías regionales con una incipiente clase media agraria. En las otras zonas del país en las cuales predomina, en cambio, un régimen de economía campesina, o sea, en las áreas geográficamente periféricas, la Violencia tuvo mucho menos arraigo. No había allí el maridaje siniestro entre pasiones

→

→ políticas e intereses económicos para "boletear" y expulsar al vecino propietario y comprar, si es que era de hecho necesario, su empresa agrícola o su hacienda.

Ninguna de esas tres fuerzas se encuentra presente en las violencias de hoy, de manera que a falta de semejanzas sustantivas, materiales, entre esas violencias y la Violencia, las que se pueden identificar no pasan, pues de ser rasgos formales: el carácter vertiginoso de ambas sería uno, y otro sería la progresiva desfiguración de sus objetivos originales.

El Frente Nacional

El Frente nacional constituye el fin de la política como mito: a partir de entonces, en efecto, se racionaliza el sentimiento político como interés. Esa racionalización, sin duda, no se habría podido realizar sin la desintegración del mito que creía posible establecer la identidad sin mediaciones entre comunidad y política: entre *status* adscriptivo, natural, domésti-

co y *status* político, ciudadanía. El contrato frentenacionalista pone fin a este poderoso y fanático sentimiento particularista y legitima y hace público, constitucional, el reconocimiento de los *intereses* de cada uno de los partidos tradicionales a participar en la vida política. El dominio político que los dos partidos adquieren así sobre el sistema hace innecesario seguir identificando irracionalmente *status* natural y *status* político. Ya no hay que tener esta o aquella filiación política adscrita para tener derecho a seguir viviendo y a pertenecer a la ciudad, a la *polis*.

Pero esa conquista se ha logrado mediante el sacrificio de la idea mítica de la unidad política natural y todo sacrificio mítico está signado, como lo reconocen Horkheimer y Adorno, por la astucia: renunciar al mito significa aceptar la conciliación, renunciar a la idea de dominio. Ese proceso contractual de desmitificación y de racionalización se perfecciona, finalmente, cuando el dominio se esti-

liza y aparece como dominio burocrático, virtuoso, experto.

No obstante, como en el interior del sistema la fuerza se transforma en estilo y la norma se burocratiza, aquella se ve desplazada hacia la periferia del sistema, hacia su negación. Este desplazamiento de la violencia y de la fuerza hacia los confines del sistema no podía tampoco darse sin un cambio en su naturaleza: ahora la violencia no sería más contra el "otro" sino contra "el sistema": este último ya no es más legítimo. La violencia partidaria, en fin, se transformaría en violencia revolucionaria. La orientación particularista cede el paso a la orientación universalista, impersonal, abstracta, racional. Y este cambio de lo particular a lo universal como *ineluctablemente* necesario obliga a la racionalidad a asumir, como en otro contexto afirman los mismos autores, la forma restringida de la excepción. No hay, lamentablemente, espacio para desarrollar aquí la variedad de expresiones que asume el Frente Nacional como experiencia excepcional.

Este desplazamiento del eje del conflicto político del interior del sistema hacia su periferia —que obviamente se da con un cambio fundamental en la representación colectiva de la política como sistema y no más como comunidad— fue apenas uno de los elementos del Frente Nacional que ayudó a forjar el nuevo tipo de violencias de hoy.

Las violencias de hoy.

Los gobiernos postfrentenacionalistas no han hecho más que reproducir la misma lógica política que se constituyó con el Frente Nacional independientemente de los esfuerzos episódicos a partir de Belisario Betancur para democratizar el espacio político me-



La lucha por la tierra, en la base del conflicto.



Marulanda:
extirpar la "democracia salvaje".

diante la incorporación de los sectores mayoritarios de la sociedad a la vida política e institucional. El desplazamiento de la fuerza hacia los confines del sistema — que recuerda la célebre frase de un zorro político brasileiro: "*A los amigos, todo; a los enemigos, la ley!*" — es una consecuencia del carácter restrictivo y restringido del experimento político oficialista. Y la polarización creciente del conflicto responde a la inflexibilidad tozuda de persistir con ese experimento institucionalmente limitante y políticamente excluyente. La guerra acaba inevitablemente imponiéndose como el lenguaje "*político*", esto es, público, tanto del sistema como de sus opositores. He ahí, pues, una de las condiciones estructurales que invita a una solución violenta de los conflictos políticos.

Analíticamente, no obstante, es posible distinguir dos grandes fuentes de militarización y de violencia en el desarrollo de los intereses políticos de la organización social contemporánea. Por un lado, está la crisis del orden agrario y, por el otro, la crisis del orden político. Cada una, a su manera, contribuye a plantear en términos violentos la negociación de intereses encontrados en la vida pública.

El capitalismo salvaje o la crisis de la organización agraria.

Se dijo al comienzo, en efecto, que la violencia actual en buena parte representa el último esfuerzo del orden agrario por resistir los embates de una organización capitalista deseosa de instalarse en el mundo rural. En este caso, la violencia está alimentada por la modalidad salvaje del capitalismo que se desea imponer. Contrariamente a la Violencia de otras décadas, la violencia agraria de hoy no se origina en regiones de economía capitalista establecida, como las zonas cafeteras: la violencia rural de hoy se origina principalmente en las áreas de colonización agraria vinculada al cultivo de la coca, como el Guaviare; en las zonas de economías capitalistas de enclave como la industria del banano del Urabá antioqueño; o en zonas con una reorganización agropecuaria como la del Magdalena Medio. Todas estas zonas se caracterizan por el carácter moderno o reciente de sus regímenes económicos que contrastan con las zonas cafeteras con una estratificación y organización social más estable e institucionalizada. La violencia agraria se genera, pues, *principalmente* en las nuevas zonas sometidas a la lógica del capital. Se da, en resumen, en zonas económicamente modernas desde alguna perspectiva: la empresa enclave (Urabá), la mercancía (Guaviare) y la empresa pecuaria moderna (Magdalena Medio).

La violencia en estas zonas puede ser en parte entendida como el resultado de una introducción acelerada y "salvaje" de nuevos patrones de organización en las relaciones de trabajo capitalista: un capitalismo salvaje que quiere desconocer las con-

quistas de la clase operaria que han cuajado en el ordenamiento jurídico atinente a las relaciones de contrato y dispuesto a quebrar la organización sindical que reivindica los intereses de los trabajadores agrarios asociados. La presencia del narcotráfico en estos regímenes de producción y su carencia de familiaridad con formas institucionales o establecidas de relaciones contractuales de trabajo, por un lado y, por el otro, la tutela guerrillera de los intereses sindicalistas agrarios constituyen solo algunas de las fuerzas que dan inicio a la polarización violenta de los intereses en esas zonas agrarias. Está, también, la reacción de los propietarios de tierras y ganados contra las prácticas de boleteo y extorsión de grupos guerrilleros y, finalmente, la cooperación silenciosa de agentes de órganos del Estado que perciben en las reivindicaciones agrarias un comienzo de insurgencia revolucionaria.

La paramilitarización de los conflictos de intereses aparece, entonces, como una salida inevitable ante la ausencia del Estado como árbitro y como instancia de regulación. Y expresa la orientación de aquellos sectores renuentes a incorporar el nuevo mundo agrario dentro de los parámetros de un estado de derecho y proclives a definir autoritariamente sus intereses privados como coincidentes con el interés general.

Planteada en su forma más extrema, pues, la violencia asociada a la crisis del orden agrario podría ser interpretada como el resultado de una carencia de socialización política: nuevos intereses, nuevos sectores que son incapaces de acomodarse a la lógica del establecimiento político y que pretenden imponer sus soberanías privadas ante la soberanía política. La paramilitarización de

→

→ la sociedad agraria constituye, así, un síntoma incuestionable de la privatización del campo y de un virtual estado de naturaleza.

La democracia salvaje o la crisis de la organización política.

La segunda fuente mayor de las violencias de hoy tiene mucho que ver con el síndrome de democracia salvaje que caracteriza a la representación que el Establecimiento se hace y se ha hecho históricamente del orden político. La democracia salvaje es, inclusive, históricamente anterior, como elemento práctico, al capitalismo salvaje de hoy. Está, por ejemplo, presente en el origen de la Violencia y en el concepto mismo de representación política que se cultiva entre nosotros. En el seno de una tradición oligárquica, caudillesca y clientelista, la democracia simplemente no podía ser concebida como un modelo de organización social o como una visión del mundo con innumerables implicaciones prácticas e institucionales sino apenas como un aderezo político formalista: como una "institución" y, por más señas, "política". No podía aparecer, de ninguna manera, como un principio de organización sin el simultáneo arraigo de otros dos principios históricamente concomitantes: el mercado y la ideología liberal. La idea, que no es ideal, de democracia, no podía, así, dejar de tener visos artificiales y superficiales confundiendo, entonces, la práctica de la democracia con la activación ritualista de sus indicios: constitución, representación, partidos, asociaciones cívicas, etc. Pero el ritual se divorció de su auténtico topos: del espacio público. De ahí la calificación permanente que se hace de nuestra democracia como una experiencia inacabada, restringida, de participación limitada.



Golpe de mano en Chicoral.

Es justamente en ese rasgo estructural donde es posible ubicar la crisis contemporánea del orden político nacional. Y su contexto se encuentra primordialmente en el mundo urbano. Es, pues, un complemento de la crisis del orden agrario. Y ambas dan cuenta exhaustiva de las violencias que padece el colombiano de hoy,

¿Qué significa una democracia salvaje? Es una noción estática y mítica de democracia. Estática en cuanto no comprende —porque no acompaña— los cambios ostensibles que se van operando en la estructura social con respecto a nuevos intereses, nuevas demandas y nuevas reivindicaciones que plantea la diferenciación económica y social de la sociedad contemporánea. Mítica en cuanto no percibe —y se resiste a comprender— que la continuidad de la experiencia democrática no puede seguir quedando presa y restringida a los grupos que inicialmente le dieron origen en el seno de una sociedad rústica, de participación limitada y que la misma diferenciación económica y social generada por el desarrollo capitalista del mercado y de las asociaciones impone una redefinición de las reglas del juego que le asig-



Reforma agraria frustrada.

ne un espacio público y político a los grupos e intereses que surgen de ese mismo proceso de desarrollo.

Es esa la visión de democracia que tiene que ser superada para la negociación política, o sea, pacífica y no guerrillera y violenta de los conflictos de intereses sociales en juego.

¿Y el proceso de paz?

A la luz de las consideraciones anteriores, el proceso de paz parecería enfrentarse a obstáculos verdaderamente formidables. Una primera lección que se podría sacar del cuadro anterior sería la de que dicho proceso no puede llevarse a cabo simplemente mediante actos episódicos y desarticulados de voluntad de gobierno. Cualquier voluntarismo político se revelaría como insuficiente dados los orígenes estructurales de la crisis.

No obstante, a mi juicio, hay dos factores que cualquier plan de paz debe tener en cuenta. El primero tiene que ver con el desmonte de los intereses sectoriales que están atentando contra la paz y el orden público. Si ese desmonte no es susceptible de realizarse en las actuales circunstancias por



la relativa debilidad del Estado, éste puede al menos controlar sus excesos sometiendo dichos intereses a la normatividad jurídica. La paz no será posible, en efecto, mientras algunos intereses privados campeen soberanamente sobre los intereses colectivos y mientras la paz se busque exhortando a participar en su reconstrucción a quienes la perturban. *La paz no se logrará apenas invocando valores sino sometiendo intereses.*

La suerte del punto anterior está ligada a un segundo factor, a saber: el fortalecimiento del Estado. Pero es clave no ceder a la mentalidad autoritaria confundiendo Estado fuerte con Estado poderoso. Un Estado puede ser fuerte sin ser poderoso en la medida en que logre imponer su soberanía administrando justicia y, en fin, regulando los intereses privados en conflicto. El Estado japonés, por ejemplo, es fuerte sin ser poderoso. Un Estado fuerte es, en síntesis, un Estado con un orden jurídico eficaz que extirpa la corrupción y la impunidad y que logra los objetivos que se propone. El aliado institucional de la crisis de hoy es, entonces, la debilidad del estado con su incapacidad para controlar el carácter sistémico de las violencias actuales.

Finalmente, es un error pensar que el proceso de paz se consolidará apenas con la desmilitarización de la guerrilla. La política estatal que se concentraría en esos grupos haría pensar que se está, de hecho, minimizando el poder desestabilizador de la extrema derecha. Operar sobre la base de este error sería un grave indicio de que el Estado mismo persiste en definir desde una perspectiva restrictiva y asfixiante los límites de la democracia y que él mismo participa en la reproducción de la democracia salvaje que está en su deber extirpar.

La historia viva del Frente Nacional

JORGE ORLANDO MELO *

Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988, de Daniel Pecaut. (Bogotá, Editorial Siglo XXI, 1988). 438 págs.

EN la introducción a su libro más reciente, Daniel Pecaut atribuye a los colombianos la tendencia a ver el desarrollo histórico del país como condenado a una "repetición eterna". Si esto es así, y son muy buenas las razones para creerlo, *Crónica de dos décadas de política colombiana* es un buen intento por desafiar esta visión ahistórica que carac-

terizaría el análisis político habitual colombiano. En efecto, es un libro que bajo la apariencia engañosa de un simple relato, presenta una imagen novedosa del país, que destaca los aspectos inusitados de los recientes procesos sociales y políticos y que en muchos aspectos desafía los lugares comunes y los saberes recibidos.

Estereotipos en barrena

El libro, conformado por siete artículos que cubren los principales incidentes de la vida política desde 1968 a 1988, resulta interesante porque ofrece un primer esbozo de historia

* Investigador Instituto Estudios Políticos, U.N.